

RAMOS ÁVALOS

►►Obama representa optimismo, esperanza. El que sea Premio Nobel es el rechazo al pasado.

La década de la desilusión

JORGE RAMOS ÁVALOS

La última década ha sido la peor de nuestras vidas. A menos que te haya tocado vivir el horror de la Segunda Guerra Mundial, la década que comenzó en el 2000 ha estado plagada de miedo, guerras, ataques terroristas, destrucción del medio ambiente y una prolongada crisis económica mundial.

Recuerdo perfectamente los temores a atentados terroristas al inicio del nuevo milenio. Pero lo que no pasó el 10 de enero del 2000 ocurrió el 11 de septiembre del 2001. Luego seguirían los ataques en Madrid y Londres, y más tarde, en menor escala, en ciudades como Bali y Mumbai.

El cambio fue dramático. Antes de que se estrellaran dos aviones en las Torres Gemelas de Nueva York la canción de moda decía *It's a Beautiful World*, había crecimiento económico en casi todo el mundo y la discusión entre intelectuales era si ante la ausencia de conflictos importantes habíamos llegado al "fin de la historia"... Más bien estábamos llegando al fin de la ingenuidad.

La guerra contra Afganistán comenzó en el 2001. Desde ahí se organizaron los ataques contra Estados Unidos. Pero el líder de Al Qaeda, Osama bin Laden, sigue prófugo. ¿Alguien sabe dónde está?

En 2003 el ex presidente George W. Bush se inventó una guerra contra Iraq y aún hoy Estados Unidos no sabe cómo salir de ahí. El costo de am-

bos conflictos ha sido extraordinariamente alto: decenas de miles de muertos, miles de millones de dólares y la terrible sensación de que poco o nada se ha conseguido a cambio. Los terroristas, lejos de disminuir en número, se han esparcido por todo el planeta.

En esta década también nos hemos matando lentamente. Durante el último año enviamos a la atmósfera 29 mil millones de toneladas de gases contaminantes (23% más que la década anterior), según un panel de científicos de Naciones Unidas. Y eso le ha hecho varios hoyos a la capa de ozono.

Los polos se están derritiendo y el nivel del mar está aumentando tanto que partes de países como las Maldivas pudieran quedar bajo el agua. El

clima es cada vez más impredecible y extremo. Y la culpa es nuestra.

Si el pronóstico del tiempo es tormentoso, el de la economía es de neblina con frío. Cada país tiene su historia de horror. Y aquí en Estados Unidos hay 15 millones de personas sin empleo y más de 5 millones de familias han perdido sus casas en los últimos dos años.

Nadie se salva. En los últimos meses he estado en México, Honduras y España y sus crisis parecen mucho más profundas que la norteamericana. Y se tardarán mucho más en salir.

Los que dicen que la recesión ya terminó trabajan en Wall Street. La burbuja que se reventó en el 2007 -por préstamos impagables, ejecutivos ava-

ros y gobiernos cómplices- ha enterrado en la pobreza y en la desesperanza a los que creían que se podía comprar una casa -o cualquier otra cosa- inflando las tarjetas de crédito.

Esta ha sido la década de la desilusión.

Las guerras, el terrorismo del que nadie se salva, la paulatina destrucción del planeta y la crisis económica glo-

bal justifican el patente pesimismo a finales del 2009. Pero es precisamente por la terrible década que hemos vivido que Barack Obama es visto en el mundo como una alternativa de optimismo, esperanza y cambio.

No debe sorprender a nadie que el presidente norteamericano sea mucho más popular en el extranjero que en su propio país. Y es en parte por discursos como el que acaba de pronunciar tras recibir el premio Nobel de la Paz en Oslo.

"Podemos reconocer que la opresión siempre estará con nosotros, y sin embargo buscar la justicia", dijo Obama. "Podemos admitir que existe la depravación y sin embargo buscar la dignidad. Podemos entender que habrá guerra y sin embargo buscar la paz. Podemos hacer esto; es la historia del progreso humano... y ésta debe ser nuestra tarea en la tierra".

Más que un reconocimiento, el premio Nobel a Obama es un rechazo al pasado y una apuesta a favor de la persona que más puede hacer para ponerle fin a la década de la desilusión. Es, en realidad, casi un rezo.

